



GAZETA EXTRAORDINARIA DE MONTEVIDEO.

VIERNES 8 DE NOVIEMBRE DE 1811.

QUANDO se compromete la fidelidad de los pueblos alterandose la, ó se la hacen perder oprimiendolos; su opinion general está ahogada tan solamente el corto tiempo, que no puede sacudir el yugo, que le ha impuesto la fuerza; pero quando principia a flaquear esta, los pueblos manifiestan la energia justa de la venganza contra los opresores de sus derechos, y los enenigos del bien general. Unos son los acontecimientos, que en todas las edades se han reproducido; los romanos fueron infelices en los pueblos, que invadieron y les faltó la fuerza para conservarlos, y sin alexarnos tanto, los franceses lo han sido en nuestros dias en la Calabria, y en el Tirol, y lo son actualmente en la España.

El exercito, que estuvo a la disposicion de Castelli, habia ocasionado a los pueblos del Peru todos los males, que obligan a un aborrecimiento general, y aun a la venganza mas asombrosa; asi que desde el momento de su disolucion en el Desaguadero aquellos ciudadanos, que

habian estado oprimidos principiaron a respirar libres, y a reunirse para vengar los ultrages, que recibieron, y los males que les habian causado. El parte de Pueyrredon al gobierno de Buenos-Ayres es un convencimiento de quan abominables se hicieron los xefes de aquel exercito a unos pueblos, que les probaron hasta abusar de su sufrimiento. Esta es la suerte (por lo comun, que han tenido en todo el mundo los que han sido tan ambiciosos, e injustos, como ellos, sus glorias no las han podido cantar sino aquellos viles, que solo viven degradandose para adular, y su imperio no ha durado sino hasta que la suerte ha proporcionado a los pueblos sacudir su yugo. ¡ Dichoso aquel que ha podido preservarse de estos estragos!

El parte de Pueyrredon conforme se halla en la gaxeta de Buenos-Ayres del 31 de Octubre, es del tenor siguiente.

APENAS se supo la derrota de nuestro exercito en Huanqui, ó mas bien su increíble disolucion empezó la mas sofocada influencia de nuestros enemigos interiores, a hacer prodigiosos progresos en los animos de los naturales del Peru, y la libertad que á costa de tantas fatigas les habia dado V. E. fue ya un objeto de poco interés para unos, y de abominacion para otros, desde que concibieron que debian sostenerla con sus pechos, y á precio de algunas gotas de su sangre..... Así es que vimos al momento á todo el pueblo de Oruro convertido en nuestro daño, y posteriormente á otros varios que nada han perseguido hasta aqui con tanto encarnizamiento como al infeliz soldado de nuestro exercito, que han podido sacrificar impunemente. Debo entre todos en honor suyo hacer justicia á el pueblo de Chuquisaca, pues por las noticias que he tenido despues de mi separacion de él, es el que mejor se ha comportado, sin duda porque es el mas ilustrado del Peru.

Con estos conocimientos fue mi primer cuidado velar sobre el pueblo de Potosí; por el crecido numero de enemigos conocidos que en sí encerraba: por poner en alguna

orden la porcion de tropas que se habian levantado desde la anterior conspiracion, y solo servian para comerse el sueldo, y porque a mas de ser una posicion militar, encerraba en sí el patrimonio del estado, que debia servir al sostén de nuestro exercito; y de acuerdo con la junta de Charcas, resolví trasladarme á él, y lo verifiqué luego que llegó el anterior representante de V. E. Dr. D. Juan José Carelli.

Posesionado del mando militar de aquella provincia empecé á tocar males sin termino, y por mas que me esforzé en cortarlos, ni las circunstancias me favorecian, ni tube el suficiente tiempo para conseguirlo: ellos continuaron baxo diversos aparatos, hasta que la revolucion del 5 y 6 contra los restos de mi exercito me hizo conocer el ningun fruto de mis afanes; pues habiendo en la plaza como 900 soldados á sueldo, no tube uno solo que me sirviese en aquel conflicto, á excepcion de muy pocos oficiales, porque todos andaban por las calles dando fomento á la revolucion, ó se encerraban en las casas por temor de que los lastimasen.

El enemigo avanzaba en nuestros territorios, y nuestro estado politico empeoraba todos los dias en el Peru. Ya no quedaba mas esperanza de salvacion para las provincias interiores que los esfuerzos de Cochabamba, pero como ellos podian tener un termino poco feliz, me aconsejó la prudencia esperarlos con precaucion.

No me quedaba en tal caso mas arbitrio, que replegarme con alguna tropa salvando los caudales, artilleria, municiones, armamento, y demas que hubiese de preciso entre las propiedades del estado. Pedi para ello á la Junta Provisional que se me aprontasen 400 mulas de carga, y silla con toda presteza, y en efecto dio sus ordenes al intento, y mandó un comisionado á Chichas. Esta medida era muy lenta, y los sucesos precipitabanse con rapidéz. El enemigo se adelantaba sobre Cochabamba, y las posiciones que ocupaba me hicieron desde luego recelar, lo que despues se ha realizado, ó quando me hicieron conocer que estaba muy inmediata la decision de nuestra suerte en aquella parte, y prevenia los riesgos a

que me exponía, si me encontraba en Potosí la noticia de haber sido sojuzgada Cochabamba, y resolví en precaucion con muchos dias de anticipacion establecer mi cuartel en Puna, por tener las tropas en la sujecion de disciplina, y libres de la seduccion, y para poner allí los caudales, y demas objetos en seguridad, y aptitud de conducirlos sin contradiccion; pero no me fue posible verificarlo, porque el gobierno provisional, y el cabildo confiaban mucho en la fidelidad de su pueblo y se me opusieron abiertamente. Ellos han pagado bien cara su imprudente confianza, viendo sus personas, y familias ultrajadas, y encarceladas, y sus casas saqueadas.

Yo instaba sin cesar por los auxilios pedidos, pero el momento critico se acercaba, y todo permanecia en el mismo estado. Tal lentitud me desesperaba, y resolví en este estado no guardar mas consideraciones: pasé a la Junta el 20 de agosto, le expuse el riesgo de las circunstancias, y dixé a sus miembros, que si en tres dias no estaba todo pronto para caminar en caso de ser necesario, todo se habia perdido, y ellos habian de ir conmigo a dar sus descargos al gobierno superior. En el instante resolvieron ponerlo todo a mi cargo para que dispusiese a mi arbitrio, y allí mismo hice se extendiesen las ordenes en consecuencia. Inmediatamente pedí se me nombrasen tres comisionados de providad conocida, para que recibiesen los caudales, y lo fueron D. José Mariano Toro, y D. José Truxillo, que aceptaron, y D. Ignacio de la Torre, que se escusó: los dos primeros empezaron desde luego a recibirlos, y hacerlos enzurronar, trabajando dia y noche, y el 23 habiendome pedido Truxillo que se nombrase otro en su lugar, porque estaba enfermo, y no podia seguirme, se puso al alcalde de minas D. Roque Quiroga, unico que me ha acompañado, y a cuya diligente eficacia se debe mucho.

En aquellos dias mandé embargar quantos arrieros entrasen en la villa, de modo que el 24 en la tarde tenia ya cerca de 90 mulas de carga pronta. Nada se sabia del estado de Cochabamba, porque la multitud de noticias

que antes corrian, habian hecho una repentina suspension, de que yo deducia fatales consecuencias.

Serian las 4 de la tarde del dia 24 quando se me presentó el capitán D. Mariano Nogales, con los pliegos de un correo de Cochabamba detenido en el camino de Oruro por las compañías de Potosí, que yo habia hecho salir en numero de 600 hombres, para cortar toda comunicacion, y privar la internacion de viveres al enemigo: me dio parte que todas aquellas tropas con la noticia de la derrota de los cochabambinos habia vuelto sobre la retaguardia, y entrarian al dia siguiente sin poderlas contener. Yo vi en esto un nuevo riesgo para mi salida, por que contemplé unidas aquellas tropas a la generalidad del pueblo, de que eran una parte, y no la menos temible; y encargando estrechamente a Nogales el mayor sigilo sobre el estado de Cochabamba, pasé incontinentemente orden a Yocalla a los jefes de dichas compañías, para que se detubiesen en aquel punto hasta nueva orden. La correspondencia detenida contenia entre varias cartas particulares de ningun interes, un oficio de aquella Junta Provisional, otros iguales para los de Potosí y la Plata, y la importante carta del Sr. Rivero en que manifiesta a su amigo Quintana de Potosí.....

El populacho pudo traslucir nuestra desgracia, y supe que ya sin freno empezaba a armarse, a pesar de un bando militar que yo acababa de publicar, imponiendo la pena capital a qualquiera que de hecho, o de palabra entorpeciese mis acciones.

Los males eran de la ultima grayedad, y mi confianza no podia ser muy firme, quando solo me veia sostenido por los granaderos de la Plata; pero los caudales en manos del enemigo aumentaban su poder y su influencia, quando el nuestro en la importancia del obrar, era preciso salvarlos, o perecer en la empresa. Desde luego resolví mi salida para el dia 26, ocupando todo el 25 en comprar, o quitar del vecindario las mulas que me faltaban para el completo de las cargas; pero a cosa de las 7 y media de la noche de aquel dia, vino con precipitacion

le capitán de granaderos de la Plata, a dar me parte que toda su compañía, se había desertado, dexando las armas tiradas en el cuartel. Este golpe habria sin duda trastornado mi firmeza, si el amor de mi patria no me hubiese sostenido. Mi ruina era segura; si al amanecer del día siguiente me encontraba el pueblo desarmado, faltándome los granaderos, que por su disciplina era la única fuerza, que lo mantenía hasta allí en respeto, porque aunque tenía dos compañías de Cinti, acababan de llegar de su país, en consecuencia empecé a dar mis disposiciones para salir en aquella noche sin descubrir, sino a los de mi entera confianza esta determinación. Armé, y cubrí con las armas, y gorras de los granaderos desertados a los cinteños, y les mandé estar prontos para caminar a las 2 de la mañana, sin que nadie desde la hora de segunda lista saliese del cuartel por pretexto alguno, y todo se executó puntualmente por el singular zelo, y eficacia de sus capitanes D. Juan Francisco Rivera, y D. Pedro Romero, y puntual obediencia de sus demas oficiales subalternos. Hice reunir algunos soldados del exercito, que conservaba como escondidos, por el decidido empeño de la Junta Provisional en hacerlos salir de la Villa, pasando repetidos oficios al efecto; y sin mas fuerza que 45 hombres de armas, como se ve en las listas numeros 1.º y 2.º pasadas en la Loba, resolví internarlo todo. Es cierto que tambien tenía las dos compañías de Cinti, que componian el numero de mas 70 hombres, pero tambien lo es, que acabados de llegar de su país, apenas eran hombres, y de ningun modo soldados; y aunque su natural humilde, y docilidad podia tenerse por un equivalente de la militar subordinacion, no era posible sacar partido de ella por su total ignorancia del manejo de armas.

A las 12 de la noche mandé pasar las mulas a la moneda del banco, con la orden a los comisionados que empezasen a cargar, y entre las sombras de una de las mas tenebrosas se hizo la operacion con mejor suceso que yo esperaba, quedando cargadas todas a las quatro de la mañana del 25. Quando tube tomadas todas mis medidas man-

dé al teniente de artilleria D. Juan Pedro Luna, que clavase toda la que habia en la Plaza, y fue executado en el momento por este recomendable oficial, que desde mi llegada a Potosí me ha servido incesantemente con un zelo distinguido.

El populacho dormia descuidado, ó preparaba tal vez en el silencio de la noche los cordeles, con que intentaba atarme al yugo de su infelicidad, pero yo velaba entre los ciudadanos de salvar el patrimonio de mi madre patria. Serian las quatro y media de la mañana quando hice mi salida, ordenando estrechamente el mayor silencio a la tropa, y mandando quitar todos los cencerros a las requas, para que el ruido no advirtiese de mis movimientos, a los que ya miraba como mis enemigos; mas sin poder evitar la desgracia de que se extraviasen tres cargas de plata al tiempo de salir, y que pudieron haber sido siete, si el zelo de D. Roque Quiroga no hubiese salvado quatro mas, que ya estaban robadas, y escondidas en un quarto de los patios interiores de la casa de Moneda, a donde entró con una luz para evitar qualesquiera casual, ó malicioso extravio, que favorecian tanto las tinieblas, y el mismo desorden en que las circunstancias me obligaban a salir.

Tomadas todas las avenidas de la plaza, y reunidas en ella las cargas, di la orden de marchar, colocando mi fuerza a vanguardia, y retaguardia: así atravesé las calles de aquella grande poblacion, sin mas bullicio, que el indispensable que causaba el pisar de los animales, y quando la luz del día 25 vino a mostrarme el estado de mi caravana, ya la habia puesto fuera del riesgoso paso del Socabon. Mi corazon respiró al verme ya en el campo, y libre de los peligros que cada calle, y cada casa me ofrecian. El populacho despertó en fin, y viendo burladas sus preparaciones manifestó ya sin freno su furor, corrió a los campanarios de toda la villa, y alborotó con sus toques de arrebató, y reunido en multitud, acudió a las casas de gobierno, y mía, para sacar la artilleria que en ella habia, con la que vino presuroso en mi alcance,

en la segura confianza de despedazarme; pero quando ya en las inmediaciones del Socabon empezó a cargarla, y cebarla fue sin igual su desesperacion, al encontrarla clavada, é inutilizada; lo que hasta allí no habia conocido por su barbara precipitacion, segun me informaron varios individuos de aquella villa, que salieron algunas horas despues que yo.

No los retraxo de este acontecimiento, y reuniendose con toda la indiada del cerro, que estaba de antemano convocada para el efecto, y yo lo sabia, vino a atacarme apresurado. El ruido de las campanas que habia yo oido me tenia ya advertido de los movimientos del populacho, y en consecuencia, coloqué toda mi fuerza á la retaguardia de las cargas, sin discontinuar la marcha. Pocos minutos se pasaron, quando ya vi venir una gruesa multitud en mi alcance. Ya no era tiempo de reflexiones, sino de defender a balazos, lo que con tanta fatiga habia salvado: ordené pues que marchasen las cargas al cuidado de los comisionados D. Jose Toro, y D. Roque Quirogá, y con la escolta de 16 cinteños cominasen a paso apresurado, y yo quede a esperar la chusma rebelada. Ocupé una pequeña altura sobre el camino real, formé en ala mis contrahechos granaderos cinteños, y dividiendo en pequeñas guerrillas mi exercito de 45 hombres de fuerza efectiva, me fui sobre el populacho, que no baxaba de dos mil armados de palos, lanzas, hondas, y algunas armas de fuego. Resistieron por algun tiempo el de mis divisiones, pero aterrorizados sin duda con la vista de mi cuerpo de reserva que habia dexado formado sobre la altura, se pusieron en fuga, ganando los cerros para salvarse, y dexando algunos muertos en el campo, cuyo numero no puedo informar, porque lo ignoro. Renni mi gente, y continue mi marcha. La chusma hizo lo mismo, y siguió en mi alcance: la esperé de nuevo, y la escarmente como la vez primera, con solo la desgracia del alferéz D. Gaspar Burgos que salió contuso en una mano de un golpe de honda, de que ya está sano. Repeti mi operacion de marchar, y aquella maldita chusma con la facilidad de gamos se dis-

persaba por los cerros para reunirse con la misma, luego que observaba mis espaldas: me atacó tercera vez para ser rechazada como las anteriores, pero en esta tube la desgracia de que mi ayudante el teniente graduado D. Ignacio Orgas, recibiese un balazo en la cabeza, de que me aseguran haber muerto ya en Tarija, á donde pude hacerlo llegar á favor del mas prolixo, y humano cuidado del físico D. Diego Paroicien, y sin haberlo podido dexar hasta aquella villa, porque en todas partes quedaba entre enemigos, y era cierto su sacrificio. Así seguí por todo el dia en una continuada repeticion de acciones, hasta que las sombras de la noche disiparon los varios grupos de mis cobardes enemigos en las inmediaciones de la Laba, y sin mas desgracias por mi parte, que otro muchacho mas herido gravemente en la cabeza. Serian las nueve de la noche, quando llegué á la Laba con la tropa, con la incomodidad de una lluvia tan copiosa como extraordinaria en aquella estacion, pero que no dexaba de consolarme, porque calculaba que ella contribuiria a la total dispersion de mis enemigos, que habian quedado por los cerros inmediatos. Fué sin igual mi desconsuelo, quando deseando en aquella parada dar algun alimento a mis soldados, que estaban rendidos de la fatigosa jornada de nueve leguas hechas a pie, y en un ataque continuado, mojados, y muertos de necesidad, me encontré sin mas auxilio, que un arroyuelo de agua, que la naturaleza habia colocado por fuerza en aquel lugar, porque la grande casa de la Laba, y algunos ranchos inmediatos a ella habian sido abandonados de sus dueños; de modo que fue preciso acostarnos, para engañar con el sueño nuestra comun necesidad, y sin tener una astilla de leña con que secarnos, y abrigarnos en aquella frigida region. Allí se me reunieron como 150 tarijeños, que la Junta de aquella villa mandaba á Potosí, pero sin armas... por la dificultad de encontrar alimentos, á estos, y á toda la demas tropa que allí tenia, hice dar una gratificacion de dinero, para pagarles de algun modo el servicio que hacian con tanta fatiga, y alentarlos á continuar. Seguí mi

marcha para Caisá, á donde llegué el 26 á la entrada de la noche, y allí pude alimentar mis soldados, que hasta más de quarenta y ocho horas no probaban bocado de comida. Reparados un tanto, continué mi camino, internandome por el de Cinti con el objeto de salir lo mas pronto posible del territorio de Potosí, y librarme de las influencias precisas de aquella capital, pero me engaqué.

Al salir de esta parada, me hizo presente el principal comisionado D. José Mariano Toro, que hasta allí me habia acompañado desempeñando su encargo con señales del mas decidido interés por nuestro feliz suceso, que le era forzoso detenerse algunos instantes, para esperar una carga de equipage, que aun no habia llegado; pero que me alcanzaria en muy pocas horas. Yo no pude sospechar su mala fe, pero ello es cierto, que desde allí regresó para Potosí, llevándome cerca de mil pesos, que por venir sueltos habia guardado en sus petacas, con mas los principales papeles relativos al recibo de los caudales que el habia hecho, dexandome con esta acción en una absoluta ignorancia de las cantidades que él recibió en plata y oro: una desgraciada ocurrencia experimentada en este puesto de que doy parte á V. E. en su lugar por separado, me ha hecho comprender, qual debió ser el motivo de haberme acompañado hasta fuera de Potosí, y regresado á un pueblo que ya era nuestro enemigo.

Yo seguí mi derrota lleno de penalidades, escaseces y trabajos, pero contento porque mis valientes soldados y oficialidad, que me seguían me daban el exemplo de mas virtuosa conformidad en las necesidades que padecían. Nadie sabia la direccion que yo tomaria, porque ya ocultaba con cuidado, aunque la tenía resuelta por Libimbi, y Yabi, á Cangrejos, pero recibiendo en las inmediaciones de Cinti la noticia cierta de que el punto de Tupiza habia sido evacuado enteramente por nuestras tropas, me vi forzado á variarla, y resolví tomar el camino de Tarija sin descubrir por tanto mis proyectos. La repentina salida de Tupiza de los restos de nuestro exer-

cito, quando yo habia pedido al general desde Caisá por expreso, que se mantubiese allí por lo menos diez dias para guardarme la retaguardia, me hizo calcular con facilidad, que alguna fuerza enemiga lo amenazaba inmediatamente, y que no pudiendo el resistirla con un numero de tropas tan superior al que yo tenia, iba forzosamente á entregarme en sus manos, y en consecuencia fue mi determinacion de viajar por Tarija, y desiertos de Orán.

Todos los dias recibia noticias de crecidas partidas enemigas que venian en mi alcance, y de reuniones formidables que me esperaban para atacarme en los lugares, por donde debia forzosamente pasar, inventadas sin duda por nuestros enemigos para hacerme desmayar, y aunque en esto nada consiguieron, lograron, por lo menos, hacerme desertar las compañías de cinteños, que quedaron reducidas á seis hombres la una, y á once la otra, pero sin que esto me diese mayores cuidados, porque su fuerza era solo aparato.

Entre las infinitas malas noticias que me daban, y que tenia algun carácter de verdad, la de que en el Rio de S. Juan se hacia una formal reunion por ordenes de los Caveros de Cinti, y á nombre del conde de S. Xavier, como regente y presidente de Charcas. Yo despreciaba sus armas, pero temia que sus hostilidades lograsen dexarme á pie en alguna atropellada nocturna, y así es que mis pobres soldados marchaban de dia con trabajos, para velar de noche en custodia de las mulas.

Llegué por fin el 31 á la tarde al Rio de S. Juan donde debia acampar aquella noche, y á la distancia de media legua del pueblo destaque una partida, para que fuese á reconocerlo. Observé, que á su entrada en él, salieron atravesando la quebrada, y á todo correr de sus caballos, quatro hombres en ademan de huir por ganar los cerros del frente. Inmediatamente destaque cinco de los míos para cortarlos, de los que me hicieron prisioneros al ayudante mayor de infanteria del numero 6, teniente D. José Monteseoca, el cadete de dragones D. José Olivera, y al cabo de infanteria Jorge Bertuzo, que obstinados en perseguirlos fue-

ron á caer en la emboscada que tenían preparada en un caserío que aparecía á la vista de la otra banda del río, y de donde empezó á salir en formacion en numero como 150 hombres para batirme. Reuní mis cargas, dexé en ella á los cinteños que me habian quedado, y atravesé á pie el río para encontrarlos; rompieron ellos el fuego desde una altura, y les conteste seguro de la victoria, á pesar de sus ventajas en el terreno y monturas: antes de una hora no aparecía un enemigo: la noche se acercaba, y yo no podía, ni debía detenerme en perseguirlos con abandono de mi precioso encargo. Hize señal de reunion, y continúe mi marcha por fuera del pueblo, para acampar con luz en buena posicion; mis prisioneros fueron restituidos sin lesion alguna, ni yo la tube en mi demas tropa: pero de ellos quedó uno muerto en el campo, y muy mal herido un D. Mauricio Baldívieso, que hice curar en mi campamento, y despues supe ser uno de los principales insurgentes: ignoro si tubieron alguna otra perdida, que calculo indispensable, por el vivo fuego que sufrieron en su dispersion. Luego que me hube situado para pasar la noche, mandé un piquete de husares al mando del alférez D. Manuel Gundín, con orden de pegar fuego á la casa en que estubo la emboscada, y otras inmediatas, pertenecientes todas á unos Morales, secuaces principales de Cavero, y convocadores de la gente reunida en mi daño, como se verificó inmediatamente. Y aunque tambien pensé destruir de igual modo las dos cosas que estos malvados tenían en el pueblo, me retraxo la consideracion, de que podía comunicarse el incendio de ellas á las de otros infelices vecinos, que en nada eran culpables de aquel exceso; por lo que me contenté con entregarlas al saqueo de la tropa; aunque inutilmente porque se encontraron del todo vacias. La noche se pasó en constante vigilia, y al amanecer del día siguiente me puse en movimiento para caminar. No bien estaban cargadas las mulas, quando mis centinelas avanzadas me dieron aviso, que por el camino de Cinti se veian gruesas polvaredas. Subí á una altura, y observe que en efecto venian tres gruesos trozos

por la quebrada en mi demanda, cien de ellos de caballeria. Aquel era precisamente el parage en que se dividen los caminos de Libilibi, y Tarija, y aquel fue el primer momento en que se supo la direccion, que yo tomaba por las ordenes que di. Despaché todas las cargas al cuidado del zeloso D. Roque Quiroga, y con ellas á los pocos cinteños que quedaban, y yo con los busares, artilleros, y piquete de seguridad, que ya compondrían el numero de 60 hombres, con algunos dispersos que se me habian reunido en el camino, quedé á esperarlos, colocando mi gente algo dispersa entre unos pequeños matorrales, para que la caballeria enemiga no tubiese un objeto fijo, á que embestir. Confieso á V. E. que tube cuidado en esta ocasion, porque los movimientos que habia observado en los trozos enemigos, denotaban una formal resolucion de arrojarme, y su numero pasaba de quatrocientos hombres; pero quando vi que al llegar al alcance de mis fuegos, suspendieron el impetu con que venian, los conté desde luego deshechos. Rompi incontinenti el fuego, á que me contestaron con bastante viveza, pero muy mala direccion por espacio de media hora. Yo estaba observando, que mis oficiales, y soldados llenos de fuego, y ardor se iban avanzando voluntariamente, y creí muy oportuno aprovechar tan feliz disposicion: Di en consecuencia la voz de avance con tan favorable suceso, que el arrojamiento de nuestras tropas puso en completa fuga á los enemigos, y en tal confusion, que abandonaron muchos sus caballos, para salvarse á pie por las montañas. Yo no tube la mas pequeña desgracia en esta accion, pero el enemigo tubo varios muertos, entre los que se encontró un oficial tarijeño, que habia sido sorprendido en la noche anterior por los Caveros, que venian con su gente de Cinti, y fue obligado á atacarme con algunos otros tarijeños, que con el, y otros oficiales venian á renirse conmigo.

Habia olvidado decir á V. E. en su lugar, que á las dos jornadas de la Loba me vi precisado á dexar las compañías de tarijenos al mando de sus oficiales, y con el dinero que calculé suficiente para su mantenimiento hasta

Jujui, porque fatigados con sus marchas á pie desde Tarija, embarazaban las mías, aumentaban la escasez de alimentos en las paradas, y no me eran de la menor defensa.

En todo fui feliz en estas dos acciones, porque á mas de no haber perdido un solo hombre, logré montar algunos de los míos, con los caballos y mulas quitadas á los enemigos.

Concluido el fuego, y reunidos los míos, seguí con prisa mi marcha, para alcanzar mis cargas, que se habian alejado una buena distancia, y apenas me junté con ellas, quando llegó á nosotros uno de los hijos del conjez de la real audiencia de Charcas D. Silvestre Icazate, (que habia encontrado en aquel parage) con la noticia, de que los enemigos habian saqueado todo el equipage de su padre, detenido á su hermano menor, y herido el de un sablazo en la cabeza, de cuya desgracia fueron ellos solo culpables, por haber andado mas morosos en seguirme, que su padre, que al rayar el día estuvo ya en mi campamento.

Yo no puedo recomendar bastantemente á V. E. el valor, sufrimiento, y virtuoso orden con que se han desempeñado todos los oficiales, y soldados que han venido á mi mando, y en particular á los que salieron conmigo desde Potosí, de cuya valerosa conducta, como de la de todos los demas, que se me han reunido en mi tránsito hasta aquí, informo á V. E. por separado. Los oficiales han hecho las veces de soldados, porque la escasez de estos me obligó á ponerles un fusil á cada uno, que han conservado como la mejor distincion de su grado. Los soldados han hecho prodigiosamente el ministerio de tales, y á mas el penoso oficio de arrieros, que la necesidad, y su buen deseo de servir les ha hecho aprender. Algunos paisanos que tambien venian en mi compañía, como el secretario de Charcas Dr. D. Juan Antonio Sarachaga, el subdelegado de Cinti D. Isidoro Alberti, el físico D. Diego Paroicien han mostrado, que el valor no está limitado á la profesion militar, pues con un fusil en la mano, se han tenido que envidiar á los bravos.

Llegué por fin á Tarija, y entonces fue quando pisé el primer país de amigos en mi concepto. Allí debí detenerme dia y medio para hacerme de mulas, que ya no tenia, por estar arruinadas las que trahia, y no pudiendo conseguir á siete las que necesitaba, porque se me ocultaban artificiosamente por los pocos arrieros que allí habia, tomé el arbitrio de comprar quantas se me presentasen, pagandolas al precio que el capricho de sus dueños queria ponerles, como lo habia venido haciendo por todo el camino desde la Lapa, y hube de continuarlo hasta entrar en los desiertos, sin cuya medida no me veria hoy en salvacion.

Con las primeras noticias de nuestra derrota en Huacani habia venido á Tarija en comision por la Junta de Charcas el administrador de tabacos de aquella capitel D. Pedro Jose Labranda y Sarberri, para pedir auxilios de gente, y conducirla á Potosí. En esto habia estado ocupado, hasta que con noticia de mi salida de aquella villa, y reunion que se hacia en mi contra en el Rio de San Juan, salió con el teniente coronel D. Martin Gñemes á ofrecermé el auxilio de sus pechos, unica fuerza de que podian disponer; pero no encontrandome por el camino que habian tomado, volvieron desde Toxo con precipitacion, luego que supieron mi entrada á Tarija, en cuyas inmediaciones se me reunieron, habiendo continuado despues hasta aquí, ocupados en servicios de la mayor importancia.

A las dos jornadas de Tarija para acá, me alcanzó un expreso con un pliego de aquella Junta, en que me comunicaba, que aun no me hallaria á cinco leguas de distancia de la villa, quando se comovió el pueblo, y se hizo un cabildo abierto para tratar de quitarme los caudales, sin haber sido ellos convidados á él; pero que el dictamen de algunos sensatos habia disipado el fermento que empezaba: yo agradeci el aviso, sin que me diese cuidado qualquier resultado, porque mis soldados acostumbrados ya á vencerlo todo, ponian en completo reposo mi confianza.

Dexo a la consideracion de V. E. las penalidades, que habrá costado esta expedicion a la pobre tropa de mi mando, viajando siempre por entre enemigos, las mas veces a pie, casi siempre sin el preciso alimento, por montañas, y desiertos fragosos, apenas transitables, a esfuerzo de venir abriendo un camino, que solo era conocido de uno u otro montaráz del Baritu, por una region calida en extremo, y poblada de insectos ponzoñosos, y cubiertos de desnudez y miseria, principalmente hasta Oran, en que la activa diligencia de la Junta Provisional de Salta, me habia puesto con anticipacion suficiente numero de animales para mi conduccion, y una compañía de sus provinciales para mi mejor escolta y seguridad; pero no puedo dexar de elevar a la memoria de V. E., que la importancia del servicio que he hecho, salvando unos caudales, que haran sin duda la restauracion de nuestras desgracias, es en todo debida a la bravura, a la constancia, y al noble sufrimiento de la oficialidad, y tropa que constan de las adjuntas listas, y estado mayor; y si V. E. se ha agradado de mis servicios en esta parte, le ruego haga recaer todas sus gracias sobre estos infelices, que son los que mas han sufrido, y servido a la patria con tan repetidos riesgos de sus vidas, y tanta utilidad del estado.

Dios guarde a V. E. muchos años. Campo Santo 4 de octubre de 1811. = Excmo. Sr. = *Juan Martin de Pueyrredon.* = SS. de la Excmo. Junta Gubernativa de estas provincias.